

na y costumbres realizada en el seno de la Iglesia, el grito de reforma dejó de ser un pretexto plausible, la herejía protestante continuó, sin embargo, en pie, apoyada en los intereses materiales y políticos que había creado, y que en ella buscaban amparo. Así sucede con todas las revoluciones, por desatentadas que sean, y sobre ello tiene nuestro siglo sobrada experiencia propia.

Del mismo modo que en la naturaleza un invierno demasiado lluvioso, ó un verano demasiado cálido y seco, desarrollan epidemias cuyos miasmas permanecen en el ambiente de aquella region largo tiempo despues de desaparecida la causa que los produjo, hasta llegar una hora en que de pronto se produce un trastorno en la atmósfera ó en la tierra, y desaparecen las emanaciones pestilenciales; del mismo modo en el mundo moral, por causas diversas, se produce un contagio moral, ó lo que se llama en el órden religioso, una herejía, y largo tiempo despues, á pesar de no haber ya motivo ninguno para que subsista esa pestilencia, los miasmas deletéreos se mantienen, sin embargo, como suspendidos en el ambiente de aquella region, causando estragos, hasta que se produce de pronto alguna tormenta en la atmósfera del mundo moral, y el contagio desaparece. Esta es la historia del protestantismo. Sabe Dios si las tormentas de nuestro siglo son las que han de barrer los miasmas pestilenciales que desde el siglo XVI permanecen suspendidos por los horizontes de la Cristiandad, y desaparecerá en nuestra época la epidemia protestante, como desaparecieron las demás epidemias anticristianas.

Corrió otro siglo, que, con relacion á las grandes conmociones habidas en el anterior, podría considerarse como época de descanso, á pesar de sus guerras frecuentes y crueles. El siglo XVII conserva mucho de las generaciones de entusiasmo y fé que acabaron el siglo XVI; pero reúne tambien grandes presagios de la revolucion incrédula que muy luego se va á iniciar. Los príncipes que en el siglo anterior se han valido de las conmociones de la reforma para conquistar el poder absoluto, continúan enseñoreados de un poder despótico y destruyendo las franquicias de los pueblos. Los intereses religiosos dejan en cambio de ser los principales intereses que se debaten en la diplomacia y en las guerras. Europa cesa de estar dividida para todas las cuestiones en los dos campos católico y protestante. La política ocupa el primer lugar.

La guerra de treinta años, iniciada sobre todo á nombre de intereses religiosos, simple episodio en su principio del gran duelo entre el Catolicismo y el protestantismo, se convierte al fin en guerra puramente política. Richelieu, cubierto de la púrpura romana, forma liga con Gustavo Adolfo, se une á los protestantes contra el papa y hace restituir á los grisones calvinistas el valle codiciado por el Austria como llave de su dominacion en Italia. Atenta sólo á miras políticas de propio engrandecimiento, la más poderosa nacion católica se une á los protestantes para firmar el tratado de Westfalia contra la casa de Austria. La diferencia entre la política religiosa de Felipe II y el cesarismo cuasi cismático de Luis XIV caracteriza bien á los dos siglos. La religion fué propiamente para Felipe II el interés fundamental de la política; para Luis XIV y sus ministros fué el más fundamental de los elementos de gobierno. Igual diferencia se nota entre los publicistas de una y otra centúria; paso á paso pueden seguirse en sus libros la trasformacion que va recibiendo la doctrina y el enfriamiento que se opera en las creencias. Los publicistas del siglo XVI se distinguían por la ortodoxia más pura; todo en ellos se subordinaba al interés espiritual, á la unidad de la fé y vigor de la disciplina, fundado en la obediencia y sumision al vicario de Cristo. No sucede así con los publicistas del siglo XVII. Pascal (1623-1651), insigne apologista de la religion, será sosten de la secta jansenista; Bossuet (1625-1704), adversario implacable del protestantismo, historiador y admirable intérprete de los decretos providenciales en el gobierno del mundo, elocuentísimo expositor de la unidad y perpetuidad de la fé, se inclinará nácia la Iglesia galicana. Más tarde, apenas terminado ese siglo, vendrá Montesquieu (1689-1755), quien sólo verá en la religion un fenómeno del mundo moral, uno de los elementos esenciales de la constitucion de los pueblos; y poco despues aparecerá Voltaire (1694-1778), para quien la religion es lo más inútil y funesto que han conocido los hombres, y la causa principal de todos los males que afligen á nuestra especie. Desde fines del primer tercio del siglo XVII el fervor religioso se apacigua en todos lados, lo mismo entre protestantes que entre católicos. El espíritu de disidencia contra Roma no produce ya más que el jansenismo, pobre imitacion de la reforma, como la proclamacion de las libertades de la Iglesia galicana no es sino

pobre imitación de la reforma anglicana: la bula *Unigenitus* basta para remediar lo que antes apenas pudo conjurar el concilio de Trento. Las ciencias físicas y exactas entran en rápido desarrollo. Descartes y Bacon son precursores del racionalismo del siguiente siglo; Espinosa, Bayle, Hobbes, precursores de Voltaire y los filósofos de la enciclopedia. Formando un solemne contraste con la marcha de las demás naciones, Inglaterra realiza entonces su gran revolución.

Se inicia por fin el siglo XVIII, y con él otra pavorosa tempestad contra la Iglesia; y de índole tal, que no había sufrido el pontificado peligro parecido desde los tiempos en que los santos padres tuvieron que luchar contra el neoplatonismo de las escuelas de Alejandría.

Aquel siglo, que tenía la loca pretension de saberlo todo sin haber estudiado nada; que quería decidir soberanamente en materia de ciencias morales y políticas, sin acertar á producir en ellas más que estupendos dislates, á no ser cuando declamaba contra el tormento y otras instituciones, condenadas ya por el natural progreso de los tiempos; que no conocía más emociones que los epigramas de los doctos de burla, y las desvergonzadas escenas de novelas indecentes, y las saturnales aristocráticas ó literarias en que la lascivia, enervada por el abuso, y el deleite hastiado de sí mismo, necesitaban del excitante de la incredulidad para animar la alegría de las orgías, debía producir necesariamente esa casta especial de hombres de letras y publicistas tan petulantes como frívolos, tan bñbones como audaces, tan agudos como superficiales, inimitables todos ellos en el arte de ocultar con breves y sentenciosos epigramas la nulidad del pensamiento. La blasfemia más atroz, la obscenidad más asquerosa tenían segura entusiasta acogida, con tal que viniesen envueltas en elegante disfraz literario y acompañadas de abundantes diatribas, pronunciadas con ingenio maligno. Fuera del chiste, nada quedaba entonces: ni entusiasmo, ni fe, ni amor á la verdad, ni respeto á tradiciones venerandas, ni afecto á la patria: todo era moña y burla, y orgullo y confianza en la propia razón. En lugar del amor á la patria, declamaciones por los fueros del género humano; en lugar de caridad, teorías filantropicas; en lugar de filosofía, afición á las paradojas; en lugar de dogmas, paparruchas literarias; en lugar de serias meditaciones

sobre la naturaleza y condicion del hombre, en lugar de estudios prácticos sobre el mejoramiento y reforma del estado social, teorías abstractas sobre el hombre abstracto, disertaciones sobre el hombre salvaje inventando en las selvas el lenguaje, las leyes, la sociedad, las nociones fundamentales del derecho y del deber; teorías, en fin, de radical demolición y crasa inexperiencia.

La utópia sentimental y la bufonada sacrilega se convierten en predilecto pasatiempo literario y científico. Ninguna generacion habrá declamado más contra las instituciones que le regian, ni imaginado tampoco recetas más ridículas para la curacion instantánea y radical de todos los males que aquejan al cuerpo social, ni producido tan prodigioso número de embadurnadores de papel, pedantes, insulsos, disparatados, y entendimientos tan vulgares como inflados de soberbia y firmemente convencidos de que cada una de las páginas de sus libros valia más que el descubrimiento de un mundo nuevo. Ninguna generacion se habrá enamorado tan perdidamente de tanto dislate; ni aun el mismo siglo XIX ha puesto en letras de molde más irracionales y singulares desatinos. Gemian entonces noche y dia las prensas para no producir sino volúmenes necios ó indecentes; bastaba que un escrito tuviera un poco de juicio, para reunir las mayores probabilidades de no hallar lector. La sociedad había llegado propiamente á estado de completa chochera, y en literatura y novelas ya no gustaba más que de historias verdes, y en ciencias morales y políticas no sabía buscar sino por mundos fantásticos los remedios á los males de esta tierra. Los utopistas recorrian todas las escalas del desvario, infiriendo perpétuo agravio al sentido comun. Los unos, como Mercier de la Riviere, se dedicaban al desatino económico, y proponian someter á todos los súbditos del rey cristianísimo á un régimen de 40 escudos anuales de gasto por cabeza; proyecto que mereció del mismo Voltaire una sátira ingeniosísima, llena de gracia picaresca, y que promovió una carcajada universal contra el hombre de los 40 escudos. Los otros, como el abate de Saint-Pierre, escribian de treinta á cuarenta volúmenes de proyectos tan extraños como infantiles, para perfeccionar la medicina y los conventos, remediar el celibato y mejorar el comercio y las conferencias públicas sobre física y política; proyectos tambien para el crecimiento de las capitales de los Estados y construcción de caminos de invierno; pro-

yectos para la supresion de la mendicidad y de los títulos nobiliarios, para la creacion de cronistas de los reinos, reforma de las academias y disminucion de la moneda; proyectos, en fin, para la paz perpétua. Mably, prendado de los héroes de Cornelio Nepote, fantaseaba utopías paganas y gobiernos republicanos; Rousseau trazaba paradojas salvajes y despóticas; Morelly pedia instituciones de socialismo brutal. En todos ellos, oculta ó manifiesta, vivía la idea anticristiana, característica del siglo XVIII; todos ellos, sin presumirlo quizás, se encaminaban á la horrorosa revolucion que puso fin á la impía, alegre y presuntuosa centúria.

Aquel público habia perdido el santo temor de Dios, principio de toda sabiduría, y no acertaba á discurrir sino vergonzosos delirios, atroces blasfemias, ó supersticiones inmundas. El sacrilegio volteriano, ó el sacrilegio jansenista, constituian todo su pasto espiritual; sarcasmos impíos ó fanatismos diabólicos se distribuian el imperio de las conciencias. Los milagros reveladeros y convulsionarios del diácono París, y las obscenas bufonadas de Voltaire, eran las dos fuerzas morales que prosternaban de hinojos á aquellas generaciones. El jansenismo del siglo XVII habia degenerado en una doctrina de iluminados, la más miserable y desatinada que se pudiera concebir, y sus sectarios formaban una cábala de facciosos, que traian tan revuelto al Estado como á la Iglesia. La filosofia cartesiana se habia trasformado en el escepticismo enciclopedista, y la escuela filosófica en secta irreligiosa y revolucionaria, organizada en monipodio secreto para destruir trono y altar. En las reuniones clandestinas y masónicas del filosofismo se ultrajaba cínicamente todo cuanto las leyes divinas y humanas mandan respetar, y se fraguaba la total destruccion de lo existente. Y en las reuniones secretas de la comunión jansenista se celebraban como ritos sagrados las abominaciones más atroces que pudo inventar la perversidad humana en el último grado de envilecimiento. Allí doncellas incáutas, introducidas por engaños en una reunion de personas beatas, al parecer, perdian su inocencia entre violencias brutales ó sesiones de magnetismo. Personas graves, encumbradas en las más altas dignidades de la jerarquía social, se daban cita con sigilo en misterioso lugar: les presentaban un ganso recién degollado, y los asistentes, empañando devotamente los dedos en la sangre del animal, se hacian en la frente una pequeña señal de la

cruz, y comian despues, unas veces sentados, otras de pié ó de rodillas, el hígado de la víctima propiciatoria. Concluido el santo banquete, los comensales, ciñéndose los riñones con el cinturón de cuero que marcaba el ritual, iban todos en peregrinación piadosa á visitar el campo en donde estuvo en otro tiempo el malogrado Port-Royal. En otras reuniones de convulsionarios, los varones afiliados hacian que las mujeres, por ser las más débiles, se tumbaran al suelo en la actitud de los muertos; y despues de haber bailado en su alrededor una especie de danza macabra, tres ó cuatro personas, de las tenidas por más santas y pesadas, se ponian de pié sobre la mujer, que figuraba un cadáver, y otros al mismo tiempo le colocaban piedras enormes sobre la garganta. La víctima no habia de exhalar una queja, ni rechistar, manteniéndose siempre como cuerpo inerte. Así demostraban que ningun peso ni dolor podia distraer ó impresionar en la hora del éxtasis á los iniciados en el misterio de las convulsiones. En casa del abate Gillet, la parroquia jansenista tuvo revelacion directa de que, como sacrificio agradable á Dios, se debia de representar de verdad la crucifixion de Cristo en la persona del abate Sellier, uno de los cofrades. Acto continuo los fanáticos sectarios se disponen á celebrar el sangriento holocausto. El pobre Sellier pasa la pena negra para demostrarles que él no puede representar á Cristo. No halla al fin argumento mejor para librarse de muerte segura, que confesar á sus cofrades que «le parece no haber todavía merecido bastante de Dios para realizar esta grande obra, y cree, por lo tanto, que debe diferirse unos dias la mística ceremonia». Se suspendió, pues, la sesion para ocasion en que el cordero estuviera en más perfecto estado de gracia. Sellier, que conocia á su gente, no debió, por lo visto, hallarse, de allí hasta su muerte, libre de pecado, ni considerar que ya habia merecido bastante de Dios; pues no refieren las crónicas que muriera clavado en una cruz. El patriarca de la Iglesia de los elisianos, el estrafalario Sr. Cosse, conocido entre los suyos por fray Agustin, despues de haber conmovido á sus feligreses con alguna homilia de estupendos dislates, se acuesta sobre una mesa en la postura del cordero immaculado, y recibe así las adoraciones de sus fieles.

No era raro encontrar entre aquellos fanáticos algun energúmeno que se jactase de haber leido, como el maestro Jansenio,

diez veces todos los *infólios* de San Agustín, y treinta veces el tratado contra Pelagio. Pero á fuerza de discurrir sobre la gracia contra las bulas y breves del papa, se habian quedado sin juicio y sin gracia; y de cristianos se convirtieron en unos locos de atar, cuya más inocente monomanía consistía en hacer profecías y decirse inspirados por el Espíritu Santo. Su devoción predilecta era acudir á un cementerio, en donde cerca de la tumba de otro loco, ó cosa peor, que invocaban ellos por santo patrono, las beatas de la cofradía se dejaban pegar martillazos, partir la lengua, clavar en cruz, y otras barbaridades. Para estas ceremonias pías tenian clasificadas á sus mujeres en *saltadoras, ladradoras, maulladoras*, etc. Seria interminable la enumeracion de las supersticiones vergonzosas que hicieron furor en aquel siglo, y la pluma se niega á referir historias y vergüenzas que envilecen demasiado á nuestra especie¹.

Apenas llegaríamos á imaginar que pudiera el hombre degradarse hasta tal extremo, si Barbier, Casanova de Seingalt, d'Argenson, el duque de Luynes, Grimm y demás cronistas de la época, no coincidieran en éstos y otros relatos todavía más repugnantes que llenan los anales de esa sociedad miserable y vil. Y lo que hace todavía mayor la ignominia, es que la sociedad y los gobiernos de entonces, en lugar de dar nuevo vigor á los justos decretos promulgados por Luis XIV contra la secta naciente, se pusieran, por el contrario, del lado de aquellos monstruos, y se conjuraron oficialmente con ellos para perseguir á los jesuitas, hallando magnates, universidades, parlamentos y monarcas menguados que le sirvieran de instrumento décil para satisfacer la venganza jansenista, destruyendo la sábia y virtuosa compañía, que tanto se habia distinguido defendiendo la dignidad humana contra los ultrajes que la inferian tales fanáticos. Hoy no falta quien se atreva á calificar aquel tiempo de siglo de la ilustracion y de las luces, campeón de la libertad de conciencia y de los fueros de la sana razon, grande y generoso en todas sus aspiraciones, y otras excelencias parecidas. Pero la sana crítica tiene que anular esos títulos por ilegítimos y usurpados, y revocar por injustos y falsos tales juicios, que nuestra generacion, con ligereza sobrada, deja todavía correr como válidos. La posteri-

¹ Véase al abate PICOT, *Mémoires pour servir à l'histoire ecclesiastique du XVIIIe siècle* y el *Essai sur l'influence de la religion en France pendant le XVIIIe siècle*. CABRÉ DE MOSTREROS, *Verba des miracles de Paris*. 30. 32. 33. 34. 35. 36. 37. 38. 39. 40. 41.

dad, mejor informada, habrá de declarar que si bien el siglo XVIII, como toda época de la historia humana, conoció cosas buenas y malas, tuvo virtudes y vicios, el bien y el mal no se hallaron en él distribuidos con igualdad, ni aun se compensaron: las virtudes en él fueron raras y muchos los vicios; pobre y escaso lo bueno; abundantísimo y detestable lo malo; grandes las infamias, pequeños ó nulos los títulos de respeto; ningunas las glorias; siglo, en fin, tan insensato y necio como pedante, tan obsceno como impío, y uno de los más degradados que han conocido las edades.

Debemos, sin embargo, decir, que mejor todavía que con las supersticiones y delirios jansenistas, se caracterizan las doctrinas, sentimientos y costumbres de aquel tiempo, con el desenfreno de los escritores, que se reían á un tiempo de molinistas y jansenistas, los ponían á unos y otros á igual altura como impostores y maléficos agentes del fanatismo y de la supersticion; escritores, en fin, que no veían en la religion más que la causa principal del embrutecimiento de los pueblos. Pero aun entre tales escritores ninguna escuela personifica tan bien su tiempo como el grupo, secta ó empresa (ó como quiera llamarse) de los enciclopedistas. Con frenético delirio acogió el siglo á esta secta literaria, por lo mismo que era la que mejor interpretaba las inclinaciones de la época. Tributo á sus miembros toda clase de distinciones y honores, y el título más humilde de cuantos se atrevió á conferirles fué el título de *filósofos*. Engreidos por los aplausos, empezaron los filósofos á buscar renombre y gloria, riquezas y honores, en la explotación de las pasiones viles de los contemporáneos. Admirables por la claridad de su estilo, por la inagotable fecundidad de su ingenio, aquellos escritores hicieron gala de blasfemos y libre-pensadores. No pretendían fundar nuevas iglesias; no eran herejes en el sentido en que hasta entonces los habia calificado la Iglesia: en el sentido de rechazar unos dogmas con otros, ó dar nueva y heterodoxa interpretacion á algun punto de la doctrina dogmática. Era hombres saturados de la incredulidad de su siglo, el más incrédulo de todos; literatos que, por aparentar filosofía, ostentaban incredulidad; ignorantes letrados que, por intitularse libre-pensadores y dar pruebas de agudo ingenio, hacían morisquetas á profetas y patriarcas. Su profesion de *Je*, puramente negativa, rechazaba toda creencia y todo dogma religioso. Con la misma diatriba insolente,

festiva y obscena, se burlaban del Antiguo Testamento y de los libros bramínicos, de Moisés y de Orfeo, de Ezequiel y de las Sibilas, de Cristo y de Mahoma. Acordes con la Iglesia católica para afirmar que sólo el Catolicismo era la pura y verdadera representación del Cristianismo; acordes al mismo tiempo con las Iglesias protestantes para afirmar que la mayor parte de los dogmas católicos eran absurdos y contrarios al sentido comun, sus esfuerzos, esencialmente anticristianos, reducían la religion al sarcasmo, y alternativamente tremolaban la bandera de impuro deísmo, ó se entregaban á un materialismo grosero. Leibnitz habia anunciado que el ateísmo seria la última de las sectas, y que los ateos serían los protagonistas de la gran revolucion que amenazaba á Francia, y ellos venían á cumplir la profecía del insigne filósofo. La teofobia fué, en efecto, la pasión característica y dominante de estos corifeos. Se decían filántropos y filósofos campeones de los fueros de la razón; pero no eran en realidad más que una tribu anticristiana. Alborotaban á Europa con razón cuando los tribunales condenaban á un inocente ó hacían uso del tormento, y el verdugo quebrantaba los huesos ó arrancaba la lengua á algun infeliz; pero si la víctima de la injusticia era un apóstol cristiano, si el atormentado era un hijo sumiso y fiel de la Iglesia de Cristo, ó eran docenas de jesuitas lo que achicharraba el verdugo, unos á otros por consigna se imponían silencio, ó bien, caso de hacerse imposible la conjuración del silencio, hablaban del suceso pintando á las víctimas tan despreciables como el verdugo. Se burlaban de los dogmas y tachaban de superstición las doctrinas teológicas mejor asentadas; pero al mismo tiempo, en materia de hipótesis científicas y charlatanería literaria, nunca se han conocido hombres más crédulos y supersticiosos que los que componían aquella secta de incrédulos. La fé que tienen los cristianos en el Evangelio no es mayor ni más sumisa que la que prestaban estos filósofos á las teorías del mutismo y de la promiscuidad primitiva de los dos sexos humanos y al pacto social de Rousseau. Con tanta certeza como podemos creer nosotros en la historia del pueblo de Israel y en las narraciones de la Biblia, creían ellos en el pueblo prehistórico cuasi japonés, inventor de las ciencias y de las artes, imaginado por Bailly, en el hombre-máquina ó en el hombre-planta de Lamettrie, y en las curaciones estupendas del saltimbanquis Mes-

mer, y en las drogas y profecías, panaceas y milagros de un truhan como el conde de Cagliostro.

No eran, en fin, los tales literatos bastante filósofos para comprender á la religion y tratarla con respeto; y eran en cambio demasiado soñistas y soberbios para ser cristianos. Su inexperiencia de la vida social llegaba á un grado increíble; no es de extrañar, por tanto, que desconocieran la altísima misión que desempeña el altar, lo mismo para la vida y salvación del individuo, como para la salvación y bienestar de los pueblos. No podían adivinar el grave peligro que encierran siempre para las sociedades las revoluciones más justificadas; ignoraban el arraigo profundo que tienen en el suelo de las naciones hasta los más irritantes abusos y los obstáculos casi insuperables que oponen á toda trasformación radical y violenta. Fácilmente seducidos por las teorías, no atinaban sino á trazar planes de reforma universal, hilvanados con admirable inventiva, razonados con toda la dialéctica y sabiduría enciclopédica, breves, sencillos, armónicos, como cualquiera de nuestras constituciones modernas; pero donde junto al esplendor de los sueños sobre el mejor de los mundos posibles, presentados con todo el soberbio aparato de la teoría pura, aparecía el desconsolador vacío de la ignorancia más crasa en punto á las necesidades de la vida real, el más absoluto desconocimiento de lo que es el hombre, la más espantosa inexperiencia de lo que valen y de lo que pueden en el corazón humano, como en la vida social, los altos y eternos principios del mundo moral. No hemos de apreciar aquí sus talentos literarios y sus méritos científicos, sus crasos errores y buenos principios; ni investigaremos tampoco si es cierto que en medio de sus grandes desvaríos tuvieron grandes y benéficas aspiraciones. Únicamente nos corresponde juzgarlos por la influencia funesta que ejercieron en nuestra sociedad. Ingénios tan superficiales como altaneros, dialécticos tan poderosos como sofisticos, tan llenos de aspiraciones de ser los mayores reformadores de la humanidad, como ignorantes de la historia é incapaces de observar y apreciar en su justo valor los hechos y elementos de la vida real; el desenfreno de su pensamiento y su soberbia rebelde á todo yugo, así como su servilismo ante las adulaciones del momento, los convirtió en entendimientos perversos, y fueron los mayores malhechores intelectuales de su época y de las generaciones futuras.

Ni Moisés, ni los patriarcas, ni los profetas, ni los santos varones del Antiguo y del Nuevo Testamento se libraron, pues, de las burlas impías. Tal era el espíritu de los hombres de letras en la pasada centúria. Quien no ha leído aquellos autores selectos no sabe lo que es blasfemar, calumniar y mentir. Se habían propuesto acabar para siempre con el órden cristiano, y no reparaban en medios con tal de conseguirlo. Épocas habrá de espantable cinismo y audacia en los autores para exponer con el mayor aplomo los más impudentes embustes históricos y filosóficos; pero por mucho que se devane el seso de la gente perversa, la mentira volteriana y el cinismo enciclopedista quedarán siempre como superior ejemplar.

Nada extraño que fé y sentido comun fueran cosas contradictorias para aquellos ignorantes y alegres escritores de la secta filosófica. Protestando contra la intolerancia de siglos anteriores y contra las persecuciones religiosas, proclamaban libertad absoluta para la conciencia, respeto igual para todos los cultos; pero profesaban y predicaban al mismo tiempo ódio particular á la religion cristiana. Y ellos, que no respetaban ningun elemento esencial de la constitucion de los pueblos, y menospreciaban todas las tradiciones por grandes y fecundas que fueran, y vilipendiaban al hombre y al estado social, y protestaban contra el despotismo intolerante, no tenian sino desprecio y bafa, groseras injurias é intolerancia peor que de inquisidor, para las opiniones que les eran contrarias. Por ódio al Cristianismo, ensalzaban á Mahoma; por ódio al Evangelio, comentaban sin haberlos leído los versículos del Zend Avesta; por ódio á la caridad cristiana, proclamaban la filantropía; por desmentir al Génesis, elogiaban la inteligencia del mono; por rábía contra la civilizacion cristiana, se extasiaban ante la constitucion de los chinos. De todo eran capaces con tal de desacreditar y pisotear el dogma: capaces, no digo de ser embusteros y proferir insultos de plazuela, era tal su profesion, pero capaces de inventar con imperturbable aplomo una era de mil años en la historia del mundo, y demostrar literariamente que los caribes de Nueva Zelanda viven más felices y libres que el europeo, porque no conocen el báculo y la mitra; capaces, en fin, de hallar pruebas contra el Cristianismo, lo mismo en una disertacion sobre la gravitacion universal, que en un estudio sobre la pimienta de las islas Maldivas, ó sobre los diamantes de Golconda.

Grave era el peligro para la Iglesia. Voltaire, rey de los tiempos, blasfemaba como un endemoniado; Rousseau, utopista monomaniaco y sentimental, despedazaba con parodojos de tribuno las entrañas de la sociedad; D'Alembert, Helvecio, Diderot, D'Holbach, anatematizaban la religion á nombre de la ciencia y de la libertad humana; y las naciones estaban en expectativa para recoger todos los dias con avidez la última sentencia de aquellos hombres, mirados entonces como sábios de primera fuerza, y santos padres, y pontífices, y profetas. Merced á las groseras preocupaciones de su siglo, el más irracional de todos los siglos, tales bufones ó sofistas monopolizaban el saber, la filosofía, la literatura y el buen gusto. Europa devoraba con frenesí las producciones de la literatura francesa; la lengua de aquellos escritores se habia difundido de tal manera por todas las naciones, que era propiamente una lengua universal, como lo fué el latin en los siglos medios. Las costumbres francesas, la pedantería de los hombres de letras franceses, los vicios franceses, la obscena depravacion de la corte de Francia, constituian el buen tono por toda la sociedad europea. No podia decirse bien educado quien no hablara esta lengua, adoptada por todas las cortes y convertida en habla exclusiva de la diplomacia. No podia pasar por persona instruida y decente quien no aplaudiera, como obras maestras de buen gusto, las elegantes indecencias de los escritores de Francia. Se calificaba de estúpido, mogigato, ignorante, reaccionario y oscurantista á todo aquél que no se prosternara ante los escritos impíos de Voltaire, señalado como el crítico más fino y audaz entre los críticos; ó ante las disertaciones de D'Alembert, el sábio que decian más sesudo entre todos los sábios sesudos; ó ante las palinodias de Raynal y Diderot, que llamaban los más ingeniosos dialécticos entre todos los metafísicos sutiles. En cuanto por alguno de los ingenios de París, ó residentes en Ferney, se publicaba alguna de esas declamaciones escritas con tanta impiedad como fina ironía y admirable flexibilidad de tono y de formas, Europa entera rompía en estrepitosas carcajadas. Federico II de Prusia, José II de Austria, Aranda en España, Pombal en Portugal, daban rienda suelta á su entusiasmo, enviaban calurosas felicitaciones al autor y componian reales sonetos en su obsequio. Si era una pieza teatral, el público pateaba de entusiasmo y rogaba á alguna dama

elegante y principal que de parte del auditorio diera un apretadísimo abrazo al autor. En los salones aristocráticos, y en las antecámaras de palacio, no se hablaba sino del último triunfo literario, y de los atrevidos sarcasmos y de los argumentos sin vuelta de hoja que en él se contenían contra la creencia establecida.

De un extremo á otro de la Cristiandad cruzaban blasfemias é imprecaciones contra el pontífice y contra todo el órden cristiano; la sociedad estaba sumergida en un diluvio de impiedades. No se hablaba de la Biblia sino para cubrirla de irrisión; al Nuevo Testamento se le calificaba de inaguantable patraña, comparable sólo con las supercherías y simplezas del Antiguo; los sacramentos no eran más que miserables manejos de la vil teocracia; Cristo un mito ó un intrigante, ó un loco crucificado con razon, porque merece la pena de muerte quien predica contra la religion de su patria; Roma un antro de facinerosos y estafadores; los jesuitas una sociedad de canallas hipócritas; los curas y frailes impura casta consagrada á explotar las miserias y supersticiones humanas; los papas verdaderos antecristos. Repetían todos los lábios el grito de Voltaire: «Aplastemos al infame».

Y no eran sólo las galas literarias las que daban valia á las producciones de tanto desenfreno intelectual, sino que se cubrían también de todos los atractivos filantrópicos para halagar las pasiones generosas y los sentimientos cándidos, omnipotentes en el corazón de las masas. Con profusion se hablaba en todos los escritos de sencillos y radicales sistemas de reforma social, y se proclamaba la inviolabilidad de los derechos naturales é imprescriptibles del hombre. A nombre de la filantropía se protestaba enérgicamente contra el tormento, contra la persecucion religiosa, contra las prisiones arbitrarias y las sentencias injustas, contra la esclavitud y las miserias que abrumaban á las clases inferiores de la sociedad. A nombre del pacto social se sentaba el dogma político de la fraternal unidad é igualdad del género humano; y con las teorías de la soberanía del pueblo y del sufragio universal, como fuente de todo derecho, desataban las pasiones populares. Engalanados con estas teorías democráticas de libertad, igualdad y fraternidad enciclopedista, los anatemas contra la Iglesia de día en día conmovían más hondamente las pasiones y exaltaban el furor de los pueblos.

La Iglesia, entre tanto, despojada de todo elemento de accion

para conjurar la tormenta, sin fuerza, al parecer, para hacer frente á sus enemigos, se presentaba á los ojos de todos como impotente antigualla, destinada á zozobrar sin remedio en el oleaje del implacable huracan de ódios y sarcasmos. De tal manera se veía postergada la grandiosa autoridad pontificia de otros tiempos, que los papas apenas podían hacer oír su voz en la Cristiandad. El culto oficial en Francia, en Austria, en las córtes de Italia, en España, en Portugal, era el culto católico, con exclusion de los demás. Pero los gobiernos, impregnados del espíritu filosófico y de la impiedad reinante, esclavizaban por donde quiera á la Iglesia con terribles regalías. Podía la Iglesia perseguir con los resortes legales los escritos impíos. En París, como en Madrid, podía hacerlos quemar por mano del verdugo; podía exigir ante los tribunales una retractacion solemne á sus autores; pero con esos medios de represion no conseguía sino exacerbar los ódios, exaltar la reprobacion universal, enfurecer más la tormenta. Los parlamentos eran jansenistas y volterianos, nada les halagaba tanto como mostrarse usurpadores de jurisdiccion eclesiástica, y dictar los fallos y censuras canónicas que incumben al papa y á los concilios. Los reyes, por lo general, ó eran ineptitudes de primera nota, ó desalmados y descreídos como un pillete, tan malos y perversos como sus ministros. En Versalles la córte reproducía las orgías de Babilonia; la aristocracia se extasiaba ante toda blasfemia; las clases más interesadas en la conservacion de las tradiciones seculares, y en la defensa del trono y del altar, eran las que corrían más alegres por el camino de perdicion. La Iglesia, en fin, no hallaba apoyo ni respeto en ningun lado. Y al mismo tiempo, otra vez los vicios y la corrupcion y la inmoralidad en gran escala habian invadido la jerarquía eclesiástica. Con la regalía del patronato, no era raro ver los más pingües y honoríficos beneficios eclesiásticos confiados á prelados y abates ignorantes, incrédulos y bribones, que algunos de ellos hacían pública ostentacion de su incredulidad y de sus vicios. En las filas del clero regular ó irregular eran más escasos que nunca aquellos esclarecidos campeones que en el seno de la Iglesia surgieron en todo tiempo para hacer frente á la herejía. Por el contrario, antiguos discípulos de los jesuitas se convertían en principales corifeos del filosofismo; numerosos abates abjuraban, como Raynal, su antigua creencia, para adherirse á la profesion de fé del

nuevo símbolo filosófico; muchos pastores prevaricaban contra la Iglesia, creían en Baal y adoraban los nuevos ídolos. Parecían reproducirse aquellos tiempos que pinta Ezequiel en una de sus magníficas profecías, anunciando las iras de Jehová porque los pastores no cuidaban de su grey, sino de satisfacer su codicia personal; y bebían la leche y vestían la lana del místico rebaño, mas no fortificaban lo que estaba flaco, no sanaban lo enfermo, y lo que estaba quebrado no lo ataban, y lo descarriado no lo tornaban al redil, y no buscaban lo perdido; sino que con aspereza y con rigor dominaban á los pueblos, y eran, en fin, pastores que se apacentaban á sí mismos y no daban pasto á sus ovejas.

Sólo quedaba la compañía de Jesús como último baluarte y esperanza del pontificado. La secta enciclopedista había designado á los jesuitas como los guardias de corps del papa, y contra la compañía de Jesús se desataron todas las iras. Había alcanzado la órden un poder demasiado grande en el seno del mundo católico para no suscitar contra ella ódios y rencores de toda especie dentro y fuera de la Iglesia. A los pocos años de su fundacion, ya la célebre compañía sostenía luchas porfiadas, no sólo con los príncipes protestantes de Alemania é Inglaterra, sino tambien en Portugal y en Francia, y hasta con el poderoso y terrible jefe político del Catolicismo en aquellos tiempos, con el mismo Felipe II; y hacia frente tambien, ante la temida Inquisicion española, á una verdadera coalicion de las demás órdenes religiosas. Contra los jesuitas habian alzado su voz algunos obispos quejándose de las invasiones de la compañía en la jurisdiccion episcopal; parlamentos y universidades los habian acusado de herejía; algunos príncipes los habian expulsado de sus reinos; contra ellos, en fin, se empeñaba por los doctores de las demás órdenes, ante los tribunales de la Inquisicion como ante las congregaciones romanas, la célebre disputa de tomistas y molinistas, que tan hondamente agitó durante largos años á todo el mundo católico. Pero con tenacidad y vigor sin ejemplo, penetrados de la fuerza incontrastable de su superioridad y admirable organizacion, los jesuitas, conjurando con habilidad consumada tan graves peligros, acertaban á hacer frente ellos solos á tantos y tan poderosos adversarios; y al mismo tiempo que destrozaban la herejía protestante, dominaban las tendencias cismáticas de algunos príncipes católicos; y con incompa-

rable valentía, solos enfrente de una mayoría inmensa de teólogos, sostenían victoriosamente los fueros esenciales de la libertad humana en la memorable controversia suscitada por el libro de Molina sobre el libre albedrío. Hasta el mismo soberano pontífice sintió alguna vez profundos recelos de la extraordinaria prepotencia de la órden. «¡Compañía de Jesús! exclamaba Sixto V agitando con energía su blanca barba. ¡Compañía de Jesús: qué especie de hombres son éstos que no los ha de poder uno nombrar sin descubrirse con reverencia!» Y en aquel arranque de enojo intimaba al general de la órden que redactase el decreto en que él mismo apareciese pidiéndole la revocacion de las bulas otorgadas á la compañía por los predecesores de Sixto V. Rudo golpe iba á sufrir con ello la órden de San Ignacio, cuando ocurrió de pronto la muerte del pontífice. El nuevo papa pudo abrogar el decreto aun antes de que se publicara. Tan grave peligro no tuvo otra consecuencia que la de aumentar el poder y la influencia jesuítica á los ojos del vulgo.

No cesó de crecer con rapidez prodigiosa la autoridad de la insigne milicia á medida que sus inmensos trabajos y gigantescas empresas se extendían por el mundo entero. A los incomparables servicios prestados al Catolicismo debía la órden el ejercer en el gobierno de la Iglesia una influencia tan grande como las congregaciones romanas. No hubo cuestion de alguna importancia para la Iglesia que no se resolviera con consulta ó por mediacion de los jesuitas; en pocos de los grandes acontecimientos políticos dejó por entonces de intervenir de una manera ú otra algun miembro de este instituto; no se conoció rincón en las cinco partes del globo en que los hijos de San Ignacio no ejercieran su enérgica é infatigable actividad.

La misma extension de su poder acabó por acarrear á la órden graves peligros en su gobierno interior, y enemigos tan implacables como temibles en sus relaciones sociales. Todas las armas parecieron buenas para hacerle guerra. No hubo incidente ni pretexto que no sirviera para lanzar contra ella las más graves acusaciones. Los unos declamaban contra la ambicion desmedida que suponían en los hijos de Loyola; los otros pretendían que se había perdido entre ellos el espíritu cristiano de su fundador, y que no era ya tan estricta y severa la observancia de las constituciones. Si alguno

de sus miembros había formulado una opinión atrevida sobre un punto de los más dudosos del casuismo, al instante los enemigos se aprovechaban de ello para dar vuelo al rumor de que en el confesionario del jesuita aprendía el adúltero el medio de entregarse á su pasión sin remordimiento de conciencia ni pecado original, y el ladrón la manera de disfrutar en paz y en gracia de Dios del producto de su robo; y recogían, en fin, todos los pecadores la más graciosa remisión de sus culpas, y el más grato consuelo contra las tribulaciones del remordimiento. Con insigne mala fé pasaban por alto los inmensos trabajos de esa sociedad, que tenía asombrado al mundo por su sabiduría y sus virtudes; sumían en olvido el sinnúmero de producciones de primer orden que había dado á luz en todos los ramos de la actividad intelectual, para presentar á unas cuantas proposiciones de casuistas como el resumen de toda la ciencia y doctrinas de la compañía.

El jansenismo, ya incipiente, era el alma de todas aquellas difamaciones é intrigas antijesuiticas. Así es que, mientras se metía tanto ruido sobre unas cuantas proposiciones de casuistas, á nadie sorprendía que en la lucha que entonces existía entre la santa sede y Luis XIV, del seno de la compañía creada para ser baluarte del pontificado salieran por aquel tiempo en Francia algunos escritos de jesuitas, favorables á las pretensiones del monarca que se proclamaba campeón de las libertades galicanas¹.

La lucha del jansenismo vino muy luego á sellar de la manera más estrecha la union entre el pontificado y sus naturales defensores. Los jansenistas fueron los primeros en lanzar contra la compañía de Jesús ese grito de guerra que aún resuena entre los contemporáneos. Dirigieron primero contra ellos sus ataques sobre materia de dogma y de doctrinas literarias. Con el apoyo decidido del poder temporal en Francia, y con los decretos de la santa sede, triunfaron los jesuitas de sus terribles contrarios en el terreno legal y en el de la ortodoxia. Pero si ningún daño de consideración produjeron á la compañía los alegatos declamatorios de Pasquier y Arnauld; si el comun de los fieles, poco enterado de lo que podía ser la gracia suficiente, permaneció extraño á la discusión dogmática con el jansenismo, las cartas de Pascal, en cambio, causaron al

¹ RANKE, *Historia del papado en los siglos XVI y XVII*, tomo III, libro VIII, capítulo XI.

instituto de Loyola una herida profunda, aún no del todo cicatrizada, y que para otro instituto hubiera sido mortal. Obra maestra de sátira burlesca, y de elegancia y claridad de estilo, estas cartas provocaron la hilaridad de toda Europa, y cubriendo á la compañía del más sangriento ridículo, exaltaron contra ella los odios de esas masas ciegas y volubles, cuyos instintos no conocen en bien y en mal otro motor que los arrebatos de la pasión. Los jesuitas replicaron con irrefutables argumentos, pero sin la gracia de Pascal; por eso, mientras nadie se enteraba de la refutación, demasiado abstrusa, supo todo el mundo de memoria los diálogos deliciosos de *Las Provinciales*. El grave y austero Pascal iniciaba la obra maléfica del filosofismo en el siglo siguiente, descubriendo los efectos destructores que aún contra las cosas más venerandas puede tener, manejada con maestría, esa arma terrible predilecta del génio francés, y con la cual los alegres y frívolos escépticos de la generación siguiente, trazando caricaturas grotescas de los patriarcas y profetas, y de todas las cosas santas del Antiguo y del Nuevo Testamento, pondrán en convulsión á la sociedad, arrancando alternativamente de todos los lábios simples sonrisas ó carcajadas estridentes, joviales algazaras y rechiflas burlescas, ó estrepitosas explosiones de risa sardónica. Las cartas de Pascal son las predecesoras del grotesco volteriano; las predecesoras de *Cándido*, de la *Canonización de San Cucufin*, de la *Diatriba del doctor Ahabía*, de los *Consejos á fray Pediculoso*, de la *Conversación del emperador de la China con fray Rigolo*, etc.; las precursoras, en fin, de todas esas bufonadas sacrílegas, cuya primera impresión irresistiblemente hace destemillarse de risa áun al creyente más fervoroso, por más que luego lllore por haber reído, y la carcajada termine con angustiosa tristeza y náuseas de asco y malestar¹.

¹ En cuanto se publicaron *Las Provinciales*, Roma las puso en el *Índice*, y Luis XIV por su lado entregó el libro á una comisión de arzobispos, obispos y doctores en teología, que después de maduro exámen, dijeron al monarca, «que por sostener y defender las doctrinas de Jansenio, anatematizadas ya por la Iglesia, así como también por hacer los autores tal uso de la calumnia y de la injuria que, excepción hecha de los jansenistas, á nadie perdonan sus críticas, ni al papa, ni á los obispos, ni al rey, ni á sus principales ministros, ni á la sagrada facultad de París, ni á las órdenes religiosas, estimaban que el libro era merecedor de las penas que dictan las leyes contra los libelos difamatorios y heréticos». Pero para apreciar el valor moral de *Las Provinciales*, dejemos hablar al mismo Voltaire, cuyo dictámen en estas materias es todavía para muchos más competente y digno de crédito que el de todos los obispos de Francia. Dice así este célebre patriarca, en su catálogo de los escritores del si-

No tardaron en unirse á los jansenistas escritores de otro género, exaltados por pasiones más ardientes y ódios más implacables y frenéticos. No tenían éstos últimos la buena fé de Pascal, ni la austeridad de costumbres, ni el saber de los solitarios de Port-Royal; pero todo lo sustituan en cambio con la audacia de sus sarcasmos, la fecundidad inagotable de su pluma, la exaltación de su alegre y presuntuoso cinismo, y sobre todo con la rábia mortal que profesaban á los «genizaros del papa». Los jesuitas, para hacer frente á tales ataques, se limitaron entonces á la resistencia meramente pasiva, mostrándose más firmemente adheridos que nunca al servicio de la santa sede, condenando por igual doctrinas jansenistas, principios protestantes, teorías filosóficas; pero sin que del seno de la compañía ó de la pluma de cualquiera de sus partidarios saliera apenas alguna refutación elocuente y enérgica de las doctrinas en boga. El bando opuesto, en cambio, inundaba el mundo de publicaciones, devoradas con avidez por toda Europa, y en las cuales se hacía del jesuita la más fea pintura que puede trazarse de criatura humana. Era el jesuita, segun ellos, un hipócri-

glo XVII: «Los jesuitas, como los demás religiosos, han tenido en aquellos tiempos de tinieblas casuistas que trataron el pró y el contra de asuntos hoy ya ventilados.... Pero hágase un paralelo entre las *Cartas Provinciales* y los *Sermones* del P. Bourdaloue, y en las primeras se aprenderá el arte de la invectiva y de la injuria llevada hasta la calumnia, y en los otros la autoridad de la razon severa para consigo misma é indulgente para los demás. Hecho este paralelo es como se verá de qué lado se encuentra la verdadera moral y cuál de los dos libros es más útil á los hombres.» Sin duda á esta censura contra Pascal se debe que algun crítico juicioso haya llegado hasta echar en cara á Voltaire el haber tenido en cuando algun ribete de jesuita. No negaremos que en el caso presente Voltaire habló casi como un cristiano; pero en rigor de justicia, esto no es de cierto motivo bastante para tenerle por contagiado de jesuitismo. Lo que sí puede asegurarse desde luego, sin temor de ofender al sentido comun, es que cuando Voltaire y los obispos de Francia están acordes en un mismo parecer, bien podemos tambien, creyentes y voteríinos, sin escrúpulos de conciencia, con arreglo á las doctrinas más sanas del probabilismo, seguir el parecer en que estuvieron acordes Voltaire y los obispos, y calificar *Las Provinciales* como libelo calumniador y pernicioso. Esto se entiende sin perjuicio de que salve cada cual su parecer, para opinar, no obstante, que la comparacion con los *Sermones* de Bourdaloue habria de ser para las obras de Voltaire todavía más desastrosa que para las *Cartas* de Pascal.

Pero como se ha declamado tanto contra el casuismo y el probabilismo y la moral relajada de los jesuitas, y las diatribas de *Las Provinciales* sobre estas materias se citan todavía como argumentos sin réplica para condenar á la compañía, creemos oportuno hacer algunas observaciones sobre ello.

Una de las ramas de la teología en que más se distinguieron los escritores de la compañía, fué la designada comunmente con el nombre de casuismo; es decir, el desarrollo y la aplicacion práctica de los principios de la moral. Antes del siglo XVI, esta parte de la teología vivia en gran abandono; se conocia ciertamente el casuismo, que es tan inseparable de la moral como la jurisprudencia pueda serlo del derecho

ta, explotador del confesionario y de todos los vicios y miserias de la humanidad; su moral no era la de Cristo, sino la moral relajada de casuistas como Escobar, Busembaun y Sanchez, con la cual, por medio de un ergotismo sutil, podia el hombre entregarse, sin visos de pecado, á los crímenes más nefandos que reprueba el Decálogo. Los individuos de la órden abominable no eran religiosos sino para entregarse con mayor inmunidad al tráfico y á la estafa mercantil, que constituía su pasion predilecta; no eran directores espirituales de los reyes sino para revolver mejor la intriga política; no eran confesores sino para desunir á las familias y adquirir con el fanatismo de la mujer más incontestable dominio social; no eran preceptores sino para corromper á la juventud é inculcarle mejor la farsa moral, la hipocresía, los vicios y el veneno fanático de su secta; no eran misioneros sino para realizar sus aspiraciones de dominio universal; no eran, en fin, defensores de la santa sede, sino para tratar á los papas como muñecos y ser ellos los títriteros del pontificado.

Ciertamente que no habia menester gran penetracion para apre-

escrito; pero los libros consagrados á esta materia eran raros, los teólogos trataban habitualmente la teología moral de un modo teóxico y sistemático, no recurriendo al casuismo sino para demostrar por vía de ejemplo en un caso práctico la regla general que sentaban. Pero esa parte importantísima de la teología que tantos siglos permaneció estacionaria, adquirió de pronto, al concluir el siglo XVI, extraordinario desarrollo, debido principalmente á los jesuitas, que en pocos años inundaron las bibliotecas de libros tan voluminosos como sábios, consagrados al estudio de los difíciles y delicados problemas que encierra la aplicacion práctica de las reglas de la moral. Fué tan vigoroso el impulso que los teólogos de la compañía imprimieron á estos estudios, que sin exageracion se les puede considerar como los creadores de esta rama de la teología; y ciertamente que en ella nadie todavía les ha superado en la fuerza y sutileza de la argumentacion, en la habilidad del distinguió y la sagacidad para aplicar con un criterio fijo las reglas de la moral á los casos prácticos más dudosos y complejos. De tal modo profundizaron la materia, que no sólo abrieron nuevos horizontes á los moralistas, sino que contribuyeron tambien poderosamente á la formacion y rápido desarrollo del derecho de gentes, como lo indica el mismo Wheaton: «La ciencia de los casuistas, dice, creada por ellos para cumplir los deberes de la confesion articular, abrió campo libre á las especulaciones de la verdadera ciencia de la moral.... El moderno derecho de gentes ha nacido del derecho romano y del derecho canónico. Las huellas de este doble origen se descubren de un modo manifiesto en los escritos de los jesuitas españoles y de los legistas italianos, etc. (*Historia del derecho de gentes*, etc. Introduccion.—Influencia del derecho canónico y de los casuistas.)»

El probabilismo es tambien otra palabra que hoy trae á las gentes todavía más asustadas, si cabe, que el casuismo. No faltan personas, con fama de sensatas por el mundo, que se imaginan de buena fé que el probabilismo es una doctrina abominable, con la cual se justifican los crímenes más atroces. No volverian de su asombro los infelices si averiguaran alguna vez que todo el probabilismo se reduce, sin embargo, al principio de que el hombre permanece libre ante una obligacion dudosa, y puede, por tanto,

ciar, en su justo valer, inculpacion tan apasionada y calumniosa; si tal hubiera sido la sociedad de Jesús, ni habria producido tantos y tan heróicos mártires, ni habria sido capaz de llevar sus sacrificios por la fé á un grado de tan sublime abnegacion. No intrigas de malvados, sino el entusiasmo y la fé del apóstol, son necesarios para arrostrar los peligros que desafiaba el hijo de San Ignacio, tanto en su lucha contra la herejía, como en sus misiones entre salvajes. La hipocresía jamás produjo mártires. Singulares hipócritas debían ser los hombres que para desempeñar hasta el fin su innoble farsa, arrostraban con entusiasmo el martirio y los tormentos más atroces de la persecucion más implacable. Recientes estaban aún ciertas ocasiones solemnes de general consternacion y espanto, en «que cuando bajo la impresion del más horrible y mortífero de los contagios, habia el terror disuelto en algunas poblaciones todos los vínculos sociales, y el clero regular abandonaba su rebaño, y ni aún á peso de oro se encontraban los auxilios de la caridad y de la ciencia, y los instintos de la propia conservacion habian ahogado, en fin, en todos los corazones los senti-

sin escrúpulos de conciencia, seguir en tales casos un parecer fundado en la opinion de doctores respetables, aunque otros doctores hayan opinado tambien en sentido inverso. Enfrente de los probabilistas están los *probabilioristas*, que pretenden, por el contrario, que el hombre no permanece libre enfrente de una obligacion dudosa; sino que para seguir una determinacion sin escrúpulos de conciencia, se ha de cerciorar primero de que el parecer contrario tiene razones ménos decisivas en su apoyo. La Iglesia no ha condenado, ni el probabilismo, ni el probabiliorismo; pero sí el probabiliorismo exagerado que se llama *tuciorismo*, y ha sido la doctrina predilecta de los jansenistas, y ha condenado tambien el *probabilismo exagerado*, como el de Busembaum y algunos otros teólogos jesuitas. No se crea, sin embargo, que el probabilismo exagerado es la doctrina moral característica de la sociedad de Jesús. Ha habido jesuitas probabilistas, como los ha habido probabilioristas, y hasta se puede decir que ninguna orden religiosa tuvo ménos teólogos probabilistas, que el probabilismo no conoció impugnadores más hábiles y decididos que los teólogos probabilioristas de la compañía, como por ejemplo, Tirso Gonzalez y Comotolo. En cuanto á la moral relajada de los Escobar, Busembaum y demás probabilistas exagerados de la orden, á pesar de lo muy escandalizadas que por ello han andado las gentes, bien podemos asegurar que viviriamos en el mejor de los mundos posibles, si no cometieran los humanos más pecados que los que aquellos moralistas declararon lícitos. La moral de Escobar pone á las pasiones y concupiscencias humanas frenos mucho más poderosos, y es por tanto moral ménos relajada que la *moral independiente* ó la *moral universal*, ahora en boga, y que proclaman con especial entusiasmo y frenesí precisamente los hombres que se muestran más escandalizados de las proposiciones de Escobar. Se respeta mucho más la moral cristiana en la *Medula de Busembaum*, excelente tratado de teología muchas veces reimpresso, que en los tomos de la *Enciclopedia*. Hay mucha más moralidad en una *escobarada* que en cualquiera de las proposiciones que sienta hoy paladinamente el escritor de conciencia más escrupulosa entre los modernos moralistas del Estado sin Dios y de la moral sin religion.

mientos más vivos, y los más profundos afectos, sólo al hijo de San Ignacio se le vió acercarse, sin embargo, al lecho abandonado por el prelado, por el sacerdote, por el médico, y hasta por el padre y por la madre, é inclinarse sobre los lábios infestados para recoger los débiles acentos de la última confesion y presentar hasta el postrer momento al agonizante la imagen consoladora del Redentor¹. Nunca ha conocido el mundo ni hipócritas, ni cómicos hasta tal extremo poseídos de su papel.

A todo el mundo constaba lo poco que valian en contra de la compañía las invectivas sacadas de esos libros de casuismo desenterrados del fondo de alguna biblioteca por la pasion de sectario. A todo el mundo constaba que si algunos miembros habian podido incurrir en faltas graves, tanto en política como en negocios de otro género, no eran éstas sino las consecuencias de la naturaleza humana, pero no el resultado inevitable de la organizacion de la orden. Pero por más que á todo el mundo constara la mala fé del ataque, como no era en el fondo más que un arma de partido, la calumnia tomó al instante prodigioso vuelo. «En todas las naciones, en todas las córtes de Europa se habian formado por entonces dos partidos, que se hacian guerra implacable. El uno dirigia sus golpes contra el pontificado, contra la Iglesia y contra la organizacion tradicional del Estado; el otro queria mantener las cosas en su estado actual y defender las prerogativas de la Iglesia universal. Este último partido lo representaban, sobre todo, los jesuitas, y por eso la orden apareció como el principal baluarte de los principios ultramontanos. Así es que contra la compañía de Jesús estalló primero la tormenta².» Contra ella se desataron todas las

1 MACAULAY, *Historia de Inglaterra desde el advenimiento de Jacobo II*, t. II, capítulo VI.

2 RANKE, *Historia del pontificado en los siglos XVI y XVII*, t. II, lib. VIII, c. XVII. No ménos explícito es sobre este particular el juicio de otro ilustre historiador protestante: «Habíase formado, dice, una conspiracion entre jansenistas y filósofos; ó por mejor decir, como ambos partidos tendian á un mismo fin, trabajaban de consuno y con tal armonía, que hubiera sido fácil creer que concertaban sus medios. Los primeros, só pretexto de un gran celo religioso, y haciendo alarde, los segundos, de un sentimiento filantrópico, trabajaban ambos por derrocar la autoridad pontificia: siendo tal la obcecacion de muchos hombres bien inclinados, que hicieron causa comun con una secta que habrian detestado si hubieran conocido sus intenciones.... Como para derrocar el poder eclesiástico era preciso aislarle, arrebatiéndole el apoyo de esa falange sagrada que se habia consagrado á la defensa del trono pontificio, es decir, los jesuitas, éste y no otro fué el verdadero motivo del odio que juraron al instituto de Loyola. Merced á las imprudencias cometidas por algunos de sus miembros, tomaron

iras. Por todo el orbe no resonaron sino imprecaciones y anatemas contra los jesuitas. De todos los crímenes que se cometían por el mundo, de todas las calamidades que afligían á los pueblos, de todos los pecados que cometían los pecadores, tenían la culpa los jesuitas. Si los gabinetes de Madrid y Lisboa, traficando en neófitos y vasallos, cual puede traficarse en ganados, tropiezan en la colo-

sus enemigos pretextó para combatirle, y la guerra se hizo popular. Aborrecer y perseguir á una orden, cuya existencia se hallaba íntimamente enlazada con la de la religión católica y del trono, vino á ser un título que á cualquiera daba derecho para llamarse filósofo. SCHELL, *Curso de Historia de los Estados Europeos*, t. XLIV, página 71. Véase también la *Historia de las revoluciones político-literarias de la Europa en el siglo XVIII*, por SCHLOSSER, t. I.

D'ALEMBERT, en su escrito sobre la destrucción de los jesuitas en Francia, viene á expresar la misma idea de un modo no ménos terminante. «Se debe distinguir en esta causa, dice, los medios jurídicos con los cuales se ha llevado á efecto la destrucción de los jesuitas, y los medios (no ménos equitativos, aunque de otro género) que han dado lugar á esta destrucción... No es sino muy cierto que varias otras órdenes profesan el mismo principio de obediencia servil que rinden los jesuitas á sus superiores y al papa; no es sino muy cierto que mil otros doctores y religiosos han enseñado la doctrina de la supremacía de la Iglesia sobre el poder temporal; pero no sólo se ha destruido y dispersado á los jesuitas porque se les juzgase peores ciudadanos que los demás frailes, sino porque se les ha considerado con razon como más temibles por sus intrigas y crédito. *Y este motivo, aunque no justísimo, es ciertamente mucho mejor de lo que habia menester para deshacerse de ellos.* La coalición de la nacion contra los jesuitas se parece á la Liga de Cambrai contra la república de Venecia, que tuvo por causa principal la riqueza é insolencia de estos republicanos.» Y más adelante añade: «Entre tantos magistrados que han tratado este asunto, M. de la Chatolais, procurador general del parlamento de Bretaña, parece haber examinado mejor que nadie esta cuestion, como hombre de Estado y filósofo, y magistrado ilustrado y exento de toda pasion de partido. No se ha distraído en demostrar con débiles y difíciles pruebas que los demás frailes valen más que los jesuitas, sino que contempla las cosas con mirada más elevada y penetrante, y marcha al combate de un modo más franco y firme. *El espíritu monástico, dice (y esto también lo subraya D'Alembert), es la calamidad de los pueblos, y de todos los vicios á quienes anima este espíritu, los jesuitas son los más nocivos porque son los más peligrosos; por ellos, pues, debemos empezar á sacudir el yugo de esa casta funesta.* Queríamos que este magistrado ilustrado tomara por lema aquellos versos de Virgilio:

Ductoresque ipsos primum, capita alta ferentes
Cornibus arboreis, sternit tum vulgus, et omnem
Miscet agens telis aemora inter frondea turban.»

Son notables las confesiones que, involuntariamente, sin duda, se le escaparon á D'Alembert en su escrito sobre la expulsion de los jesuitas. He aquí algunas: «Todo lo que ha podido alegrarse en favor del decreto de expulsion general promulgado contra esos padres, es el célebre texto de Tácito relativo á la ley romana que condenaba á muerte á todos los esclavos de una casa por el delito que uno de ellos cometiera: *habet aliquod ex iniquo omne magnum exemplum.* En la destrucción de los templarios, gran número de inocentes fueron víctimas del orgullo y de la insolente riqueza de sus jefes; los desórdenes que se atribúan á los caballeros de esa orden no fueron la única causa de su ruina: su crimen principal consistía en haberse hecho odiosos y temibles. Lo mismo pensará la posteridad del fallo dictado contra los jesuitas y del destierro á que han sido condenados. La posteridad encontrará ese fallo duro, pero quizás indispen-

nia del Sacramento con la resistencia de los indios, que rehusan someterse á la orden de expatriación, atribuyen á los jesuitas la insurreccion de los vasallos¹. Si el pueblo se amotina en Madrid con motivo de la carestía; si la Hacienda sufre alguna crisis; si se escribe algun libro con poco gusto literario; si el marido de la querida del rey de Portugal intenta un regicidio contra la majestad

sable; sólo los tiempos venideros pueden resolver esto último.» Otra confesion: «Los jesuitas y algunos obispos han hecho notar que el voluminoso capítulo de cargos que ha servido como motivo principal del decreto de expulsion, *no ha sido más que una compilacion hecha precipitadamente por los jansenistas, y mal comprobada por magistrados poco aptos para este género de cuestiones; que esa compilacion está llena de citas falsas, de pasajes truncados ó mal interpretados y de objeciones tomadas por respuestas, etc.*... Mientras la verdad se esclarece (todo caso que tales verdades merezcan la pena de esclarecerlas), esa compilacion habrá producido todo el bien que la nacion deseaba, es decir, la destrucción de los jesuitas. Serán más ó ménos los cargos que con razon se le podian hacer, pero la sociedad ya no existe; y esto es lo que nos hacia falta.» Otra confesion: «Lo que debe poner cubo á nuestro asombro es que sólo dos ó tres personajes, que ciertamente no se hubieran creído destinados á producir semejante revolucion, sean los que han imaginado y llevado á término ese proyecto. Obra de ellos ha sido, y fruto de su impetuosa actividad, la impulsión dada á todo el cuerpo de la magistratura.» Otra confesion: «La destrucción de los jesuitas en Francia se preparó con el rigorismo de que dieron ellos muestra, á pesar suyo, y se consumó por una secta envejecida y moribunda, que ha realizado contra toda esperanza lo que Arnould, Pascal y Nicole no hubieran podido ni realizar, ni intentar, ni aun esperar.» Otra, y será la última, pues ya le sobrarán al lector: «La filosofía es la que verdaderamente, por boca de magistrados, ha pronunciado el fallo contra los jesuitas; el jansenismo no ha sido más que la parte demandante.»

Dice el mismo D'Alembert que cometieron los jesuitas dos faltas capitales, que empezaron á conmovir su crédito y prepararon su desastre final. Consistieron estas dos faltas:

«1.º En negarse, por motivos de respetos humanos, á recibir bajo su direccion á personas poderosas que no tenían motivos para creer se les iba á tratar con tanta severidad, y en indisponerse con los parlamentos.
«2.º En desatarse contra el autor de la *Enriqueida* y en declarar en la corte y ciudad contra la *Enciclopedia*, con lo cual excitaron en contra de ellos á todas las personas que no eran pocas, interesadas en esta publicacion.»

No puede en ménos palabras decirse más en justificacion de la compañía. No hay duda que hubiera sido moral acomodaticia y escobarismo práctico el que recibieran los jesuitas bajo su direccion, sin tener en cuenta respetos humanos ni divinos, á las personas influyentes á quienes alude D'Alcembert; pero decir que por que no lo hicieron así se condenaban sin remedio á ser expulsados por moral relajada y casuista, es cosa que no se le ocurre más que á un enciclopédista. Graciosa cosa hubiera sido el instituto de San Ignacio acomodándose á las doctrinas cismáticas que por entonces sustentaban los parlamentos, y triéndose en compañía de Voltaire y patrocinando la *Enciclopedia*. Quizás con esto no los hubieran expulsado ni de Portugal, ni de Francia, ni de España; pero el pontífice los hubiera tenido que expulsar á toda prisá de Roma y del gremio católico como los más peligrosos herejes.

1. Para reformar los juicios que andan no poco extraviados sobre este particular, véase lo que dice SCHELL, *Curso de Historia de los Estados Europeos*, t. XXXIV, pag. 51, y la *Exposicion y dictamen fiscal presentado al Consejo de Castilla* por el fiscal del Consejo y Cámara D. FRANCISCO GUTIERREZ DE LA HUERTA, y el c. XXXIV, tomo V, de la *Historia de la compañía de Jesús* por GRENEAU JOLY, donde se halla tratado este asunto con abundantísima copia de datos.

fidélisima, los jesuitas, y sólo los jesuitas, tienen la culpa de todo, y son la mano oculta de todas las abominaciones. ¿Quién es el paco que no sepa que aspiran á la dominacion universal, y que la colonia del Paraguay, cuyos tranquilos pobladores mantienen degradados en la más inmundada tiranía, ha de ser la base de tan gigantescos planes? Los jesuitas, sociedad especuladora y mercantil, amenazan acaparar todas las riquezas de la tierra. Los jesuitas han publicado, con asentimiento de la compañía, libros sediciosos, inmorales, indecentes, obscenos, encomiadores del regicidio, subversivos de toda moral y de todo orden político, que deben ser quemados por mano del verdugo. Los hijos de San Ignacio difunden doctrinas contrarias al poder absoluto de los monarcas y favorables á las libertades populares. Los reyes de Francia, España y Portugal; las más elegantes princesas, las cortesanas más admiradas é influyentes en una época depravada: Tavora y la Pompadour; los ministros más poderosos, los políticos más ilustres: Choiseul, Pombal, Aranda; los filósofos y hombres de letras, la magistratura y los parlamentos en masa condenan á los jesuitas «como notoriamente culpados de haber enseñado en todos tiempos y constantemente, con aprobación de sus superiores y generales, la simonía, la blasfemia, el sacrilegio, el maleficio, la astrología, la irreligion, la idolatría, la supersticion, la lujuria, el perjurio, el falso testimonio, las prevaricaciones de los jueces, el hurto, el parricidio, el homicidio, el suicidio, el regicidio..... como favorecedores del arrianismo, del socianismo, del sabelianismo, del nestorianismo..... como reproductores de los errores de Pelagio, de los semiplegianos, de Casio, de Fausto, de los marseleses y de la herejía de Wiclef, de los luteranos, de los calvinistas y otros innovadores del siglo XVI..... como protectores de la impiedad de los montañistas y propagadores de una doctrina injuriosa á los santos padres, á los apóstoles y á Abraham,» etc. En estos propios términos está concebida la resolucion del parlamento de París de 1762 condenando á los jesuitas. A juzgarla por este capítulo de culpas debía ser la casta jesuítica especie la más miserable y vil de toda la sociedad; no habia herejía ó blasfemia que no hubiera protegido ó propagado; no habia delito, á no ser el de contrabando, de que no se hubiera hecho culpable: y aún sobre esta misma materia tampoco faltaba quien le acusara de haber hecho sacas fraudulentas

de metales preciosos, metiéndolos en barras de chocolate. Criminal asociacion, tan funesta para el orden religioso como para el orden civil y político, debia de estirparse sin remedio esa gangrena social, conocida con el nombre de compañía de Jesús, si se queria que la sociedad entera descansara tranquila en sus fundamentales cimientos y volviera á la prosperidad material y bienestar moral. Tal era el espíritu de la época. La resolucion del parlamento no merece otro nombre que el de desvergonzada prevaricacion, tan infame como las acusaciones de Pombal y Aranda; pero es, por lo demás, documento en extremo curioso y notable para estudiar el ingenioso sistema de guerra que entonces se improvisaba contra la Iglesia, y con el cual, magistrados impíos é incrédulos, saturados de filosofía enciclopedista, conseguian condenar como furibundos herejes á los religiosos más ortodoxos del Catholicismo.

Decretada estaba la destruccion de los jesuitas. En torno del pontífice, á nombre de la salvacion suprema de la Iglesia, se formularon las quejas más atroces, las súplicas más encarecidas, se urdieron las más ingeniosas y estupidas intrigas para que se suprimiera de una vez la odiada compañía.

A la implacable calumnia siguió pronto implacable persecucion. Pombal, entre los hombres de Estado, se encargó de poner el primer metro por obra el propósito anticristiano. No hubo arma de que no se valiera: tanto le sirvió el libelo infamatorio, como la prevaricacion de jueces serviles, y las intrigas de meretrices en los palacios reales, y los embrollos diplomáticos. Ante el infame tribunal de sospechosos, por el establecido, comparecieron numerosos y notabilísimos personajes, consagrados á la muerte por las iras del malvado ministro. El padre Malagrida, anciano de setenta y tres años, pereció condenado al fuego con otros cincuenta y dos infelices. De Francia y Portugal fué ignominiosa y violentamente expulsada la compañía. Al pobre Carlos III, que habia prometido ser protector de los desgraciados jesuitas, le llenaron con tal maña la real mollera de embustes y calumnias los intrigantes de París y Lisboa, y los enciclopedistas que pululaban en las antecámaras del palacio de Madrid, que tambien en España, y con más furor que en otros reinos, á nombre de la salvacion suprema del Estado, se decretó la destruccion de la compañía de Jesús. Formado expediente con el